

NOTAS DE ARTE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

HACE algún tiempo redactamos unas notas tratando de la materia a que vamos a dedicar los presentes renglones. Nos referíamos entonces a las esculturas consagradas al Santo Patrono de Guipúzcoa y hacíamos resaltar la magnífica estatua del genial artista gallego Gregorio Hernández, obra que se venera en el soberbio retablo de la capilla del Seminario de Vergara.

Hoy nos fijaremos en la producción de otro artista también gallego y que, como Hernández, trabajó en el primer tercio del siglo XVII.

El artista es el insigne y genial escultor orensano Francisco de Moure, nacido en 1568; la obra es el relieve de San Ignacio en la sillería del coro de la catedral de Lugo.

Era Francisco de Moure artista reputadísimo, a quien ya en 1590 se le conocía en toda la región gallega con el sobrenombre de «el escultor». Extensísima la labor artística desarrollada por Moure, podemos, sin embargo, señalar como obras suyas: el coro del monasterio cisterciense de Meira, cinco retablos en la iglesia de los benedictinos de Samos y el tabernáculo y los dos primeros tercios inferiores del retablo en el colegio de los jesuitas de Monforte; pero lo que destaca con los fulgores del triunfo, lo que proporcionó honra y fama al inspirado artista fue la espléndida talla que se admira en la soberbia sillería del coro de la catedral de Lugo.

Aquello es algo admirable que sorprende por la alteza de inspiración así como por la ejecución, superior a todo encomio. Cuando se

recorre el coro de la catedral lucense, se siente uno subyugado al contemplar en su estupenda sillería aquellas figuras llenas de sentimiento, de vida, de expresión y unción sagrada.

En la silla décimasexta, correspondiente al lado del Evangelio, se encuentra en relieve la imagen de San Ignacio de Loyola.

Ya decíamos al hablar de la estatua que se conserva en el Seminario de Vergara, que no existía retrato alguno auténtico del glorioso fundador de la Compañía de Jesús. Añadimos que con la mascarilla compuso el reputado pintor sevillano D. Francisco Pacheco un retrato del Santo, y que pintó otro el genial artista Alonso Sánchez Coello, «por informes y señas que le daba el Padre Rivadeneyra». Concluíamos manifestando que el artista Hernández, al esculpir su estatua para el Seminario de Vergara, tuvo presentes ambas composiciones pictóricas ya indicadas; y sin esforzarse en hacer un retrato en la rigurosa acepción de la palabra, había conservado los rasgos más característicos señalados en los repetidos retratos, e impreso en el rostro una fisonomía genuinamente vascongada: cara oval, barba acentuada, pómulos marcados, nariz pronunciada y el aire bondadoso tan común a los naturales de este noble solar.

Algo idéntico podemos decir con respecto a la imagen que se admira en la sillería de la catedral de Lugo.

Moure se atuvo a los datos de la realidad en el tipo y en la figura del Santo y tuvo sin género de duda presente tanto la mascarilla como el cuadro de Coello. Representa al insigne fundador de la Compañía de Jesús de unos cincuenta años, con dos arrugas horizontales en la frente, calva pronunciada, barba y pelo cortos y revelando en su actitud, en su mirada, en su gesto y expresión, aquel espíritu abnegado, aquella santidad heroica característicos del gran vasco.

Sostiene en la mano derecha un corazón envuelto en llamas y un óvalo sobre él con la sigla JHS rodeada de rayos y con tres clavos en la parte inferior.

En la mano izquierda, desplegando con grave elegancia el manto, presenta un libro entreabierto con el dedo índice. Al lado aparece un tosco bonete.

Viste calzado sencillo, sotana ceñida por estrecha faja anudada delante con los extremos cortos y colgantes, y cubre el cuerpo con manto de cuello alto.

Los paños caen naturales, en pliegues artísticos con envidiable na-

turalidad, sin rebuscamiento ni retorceduras; y en toda la ejecución de la obra se nota que el artista lo subordinó todo a expresar el alma del Santo, simbolizando en el aspecto exterior de la figura, toda la grandeza espiritual del insigne Patrono de Guipúzcoa.

El señor arcipreste de Lugo tiene publicado un erudito e interesante libro, que titula: «El coro de la catedral de Lugo», y en el detenido estudio que dedica a esta espléndida manifestación de arte religioso, se fija al detalle en la imagen de San Ignacio, tan maravillosamente sentida y reproducida por el escultor orensano.

San Ignacio, añade, fué canonizado en 1622 y el célebre Moure empezó a labrar el artístico coro en Marzo de 1621. El enunciado de estas fechas le arrastra a apuntar la sospecha de que la estatua esculpida por Moure en la catedral de Lugo, pudiera ser la primera labrada después de la fecha de canonización del Santo guipuzcoano.

Pero volviendo a la hermosa imagen que se conserva en el Seminario de Vergara, nos encontramos con que también esta efigie se labró en el primer tercio del siglo XVII, y aunque no consta por modo auténtico la fecha de recepción en Vergara, cabe suponer fuera coetánea de la que figura en la sillería de la catedral de Lugo.

En lo que no cabe duda es, en que ambos escultores coincidieron en la interpretación, basándose los dos en la mascarilla y cuadro de Coello, y buscando en los secretos del arte el modo de exteriorizar aquella alma encendida en el amor a Dios y salvación de sus semejantes, aquella figura espiritual a la que los pueblos de Guipúzcoa aclaman llamándole:

Inazio
Gure Patroi aundiya

P.

